

padres Fr. Antonio de Hinojosa y Fr. Diego Pacheco, y por maestro de estudiantes á Fr. Damian Porras.

Hecha y aprobada esta fundacion por capítulo provincial del año de 1604, la aprobò asimismo el general de la órden Fr. Gerónimo Javierre, en el capítulo que celebró en Valladolid de Castilla el año siguiente de 1605, concediendo á Porta-Cœli todos los privilegios de que gozan los demas colegios y universidades de dominicos, lo que por otras letras patentes confirmó y ratificó en 4 de Noviembre de 1609, el que le sucedió en esa dignidad, Fr. Agustin Galamino.

Posteriormente se amplió mas la iglesia y colegio con haber comprado otras casas, que son las contiguas por uno y otro lado, pero sin demoler la primitiva que subsiste, y denota haber sido una de las primeras que se edificaron despues de la conquista.

Al presente todo ha cambiado. La casa, según parece, ha pasado ya á dominio particular, y está completamente trasformada por dentro. Su aspecto exterior, donde no se ven mas que muros ennegrecidos y ventanas sin puertas, parece el esqueleto del antiguo edificio. Ya no resuenan en los claustros la voz de los buenos religiosos que iniciaban en los misterios de la ciencia. Allí brillaron grandes ingenios, cuyas obras encierran caudales de erudicion y de doctrina: hoy sin embargo pocos las conocen y estiman, y mucho menos á sus autores, pudiendo decirse de la nombradía que en otro tiempo alcanzaron, lo que el poeta rey de Texcoco en su elegía de la vanidad de la gloria humana:

Son del mundo las glorias y la fama  
Como los verdes sauces de los rios,  
A quienes quema repentina llama,  
O los despojan los inviernos frios:  
La hacha del leñador los precipita,  
O la vejez cadauca los marchita.

## SAN FRANCISCO.

### I.

#### EL MERCADO.

**D**OS años y meses despues de la conquista de Méjico, cuando las costumbres de los naturales conservaban todavía su carácter primitivo, amaneció un dia de gran conmocion para la ciudad de Tlaxcállan.

Veíase entrar por todas las calles una muchedumbre afanosa que se iba aglomerando en la plaza principal, la cual solo cedia en estension á la de Tlatelolco.

Cuadrillas de comerciantes aztecas, llevando en hombros todo género de mercaderías y apoyándose en báculos como los vemos hasta ahora, pasaban por entre los habitantes, platicando alegremente y congratulándose unos con otros por haber llegado al término del viaje.

Luego que ponian las plantas en el lugar que les correspondia en la plaza, ataban juntos en un solo haz todos los báculos y les tributaban adoracion. Lo mismo habian hecho en la posada donde durmieron la noche precedente, sacándose además sangre dos y tres veces en honor de los palos, en quienes veian la imágen de su dios Yacateuctli.

Concluida aquella ceremonia, empezaban á descomponer sus fardos y á presentar á vista de los curiosos los varios objetos que traian á vender. Por aquí se ven con admiracion joyas de oro y plata y pedrería, obra de los artífices de Atzacapotzalco, por allí telas de algodón con sus magníficos bordados, en este lugar obras de resplandeciente pluma, en aquel innumerables especies de animales así vivos como muertos, toda suerte de comestibles, polvo de oro y piedras preciosas, yerbas, gomas, resinas y tierras minerales, unguentos, aceites, bebidas y otros medicamentos preparados por los médicos, toda clase de manufacturas y tejidos de hilo de maguey, de palma silvestre, de pelos de animales, y en una palabra, todos los productos naturales ó artificiales que pueden servir á las necesidades de la vida, á la comodidad, á las delicias, á la vanidad ó á la curiosidad de los hombres.

He aquí el mercado ó *tianquiztli* de la capital de la antigua república, patria del gran Xicoténcatl.

Tlascalán, la Esparta del Continente americano, se enorgullecía justamente con reunir en su plaza un concurso que recordaba el de sus mejores tiempos; concurso que poblaba el mismo lugar cada cinco días, y le constituía en uno de los emporios de Anáhuac.

Pero en el día á que nos referimos, sobre ser extraordinaria la muchedumbre, hubo un motivo especial de curiosidad para moradores y forasteros. Dominando el sol la sombría sierra donde se adoraba á Matlalcueye, diosa de las aguas, acercábase al meridiano: sus rayos herian las olas caprichosas del río que atraviesa la ciudad, naciendo en Atzompa y rodando por los Estados de Puebla, Guerrero y Michoacán con los nombres de Atoyac, Río Poblano, de las Balsas y Mexcala hasta desembocar en el Pacífico, cerca de Zacatula. Era el momento de mayor tráfico; las voces de todos los concurrentes formaban un murmullo sordo y monótono, como el rumor de las olas de un lago alborotadas á impulso del aquilon. Entre tanto, salian del palacio de Maxiscatzin, uno de los principales señores de la República, algunos extranjeros recién llegados, que por su vestido y el semblante á la vez melancólico y afable, no tenian al parecer nada de comun con los terribles conquistadores.

Los naturales, que ya estaban familiarizados con la vista de estos, quedaron atónitos á la presencia de aquellos hombres de

porte singular, que en una lengua estraña les hablaban con entusiasmo, señalándoles el cielo y procurando hacerles comprender el misterioso sentido de sus discursos. Olas de gente los seguian por donde quiera. Todas las miradas espresaban esta pregunta: ¿quiénes son estos nuevos huéspedes? Algunos de los jóvenes mas gallardos de la poblacion, formando corros en los parages menos frecuentados, reian y cuchicheaban entre sí al verlos pasar; otros se mezclaban á la gente que se detenia á escucharlos cuando hablaban, y no comprendiendo ninguna de sus palabras, mirándose unos á otros, se decian:

—¿Qué hacen estos pobres miserables que tantas voces están dando?

—Mírese, decia alguno con sarcasmo, si tienen hambre: deben ser enfermos ó estar locos.

—Dejadlos vocear, decia otro con aire de maligna indiferencia, que les debe haber tomado su mal de locura: pásenlo como pudieren y no les hagan mal, que al cabo de ello morirán.

—¿Y no habeis notado preguntaba uno dirigiéndose á sus compañeros, cómo desde que están entre nosotros á medio día y á media noche y al amanecer, cuando todos se alegran, ellos lloran?

—Sin duda, contestaban todos sonriendo, es grande su mal, porque no buscan placer sino tristeza.

Durante esta conversacion sostenida en *nahuatl*, que era la lengua mas culta, melodiosa y espresiva de los antiguos tlaxcaltecas, nuestros huéspedes nada entendian sino por medio de intérprete. Uno de ellos, sin embargo, al oír la palabra *motolinia* creyó adivinar, bien por lo mucho que jugaba en la espresion, bien por el tono y manera con que se pronunciaba, que debia envolver una idea altamente significativa, y tal vez referente á ellos mismos. Ardiendo en deseo de cerciorarse, pregunta al intérprete qué significa ese vocablo.

—*Motolinia*, contestó su interlocutor, quiere decir *pobre, infeliz, desdichado*. . . .

—¿Qué me place! repuso el recién venido: quiero empezar á aprender la lengua de estos reinos; este es el primer vocablo que sé, y porque no se me olvide, él será de aquí adelante mi nombre.

El sugeto que tal decia era conocido con el nombre de Fr. Toribio de Paredes ó de Benavente, y despues, abreviando, se llamó Motolinia, Fr. Toribio.

## II.

## LA LLEGADA A MEJICO.

¡Por qué tanto júbilo, por qué tantos preparativos de fiesta? Los ávidos conquistadores dejan hoy de pensar en el oro y en el embellecimiento de sus moradas; los infelices indios descansan de las faenas á que los obliga la codicia y el regalo de sus nuevos señores. . . . ¡Tenochtitlan, no todos los dias pertenecen al llanto! ¡No siempre el dolor es insaciable y alguna vez se olvida de exigir al mortal sus ofrendas de amargura! ¡Aprovecha la tregua que te concede el destino, que tal vez no se repita sino despues de algunos siglos! . . .

Las calles están aseadas con primor, y todas las flores de las *chinampas*, regadas en el suelo, alegran la vista con sus brillantes matices y el olfato con sus olores esquisitos. Ricas gasas y damascos adornan las ventanas de los edificios; cuelgan de las azoteas mil flámulas y gallardetes, y la ciudad toda vestida de pompa y regocijo, parece una reina en el acto de su coronación.

¡Cielo de Méjico! ¡cielo incomparable! ¡cuán bella es tu luz, qué primorosos tus celages! El sol se levanta señoreando la cordillera, como un sér superior ante quien son nada las demas grandezas; su luz se difunde por el espacio acariciando las cumbres de Popocatépetl, de Ixtacxíhuatl y de Ajusco, reflejando en las lagunas del valle y en sus frondosos árboles, de donde hace brotar centellas apacibles de cada hoja, y de toda la copa un aureola mágica.

¡Mas qué rumor circula por los aires?

—Ya llegaron!

—Ya vienen por la calzada!

—Pronto los saludaremos en nuestros hogares.

—¡Bien venidos los enviados de Dios!

Tales son las espresiones que con otras del mismo género cruzan el ambiente, medio envueltas en la continua vocería.

Algunos minutos despues los extranjeros singulares, los hombres misteriosos á quienes dejamos hace poco en Tlaxcala, pisan las calles de la capital, rodeados de prestigio y siendo el blanco de todas las aclamaciones de los habitantes. Cortés y los demas conquistadores, en compañía de los restos de la antigua nobleza mejicana, les salen al encuentro llenos de alborozo; póstranse en su presencia; toman sus manos entre las suyas y las llevan á los labios en un arrebató de cariño entrañable. En esta escena solemne, que contemplan absortos los naturales, calla la lengua y hablan los corazones y las lágrimas, lágrimas que no arranca el dolor, lágrimas que hace nacer el exceso de la dicha.

Despues de este encuentro, verificado en un lugar de los suburbios, siguen los extranjeros con la comitiva en procesion hasta el centro de la ciudad, donde no se oyen sino los vivas de la muchedumbre y los suaves acentos de la música. ¡Quiénes son estos huéspedes, tan poco parecidos al feroz guerrero y á quienes se tributan honores divinos? ¡De dónde vienen? ¡Qué objeto, qué ambicion ha dirigido sus pasos hácia las regiones de Occidente? ¡Ni traen ejércitos, ni procuran grangearse aliados! Vienen solos y á pie caminan, su única compañía es la pobreza, un tosco sayal es su vestido, sus armas la oracion, su tesoro las virtudes, su aspiracion el cielo.

Y sin embargo, toman posesion de esta tierra como señores, como si para ellos hubiera sido conquistada. Ved á los bruscos capitanes, sumisos á sus pies, tender las capas en el suelo para que sobre ellas pasen. ¡Y cuánto mas valen estos hombres modestos, de palabra insinuante, de modales atractivos, de corazon puro y rectas intenciones! ¡Moradores de Anáhuac! ¡no os parece ver en ellos algo de divino? ¡no es cierto que resplandece en sus frentes una luz celestial!

¡Pueblos recién conquistados y mal avenidos con el yugo que os oprime, saludad á vuestros protectores! Ved aquí el amparo de vuestros hijos, la guia de su corazon, la luz de su inteligencia. ¡Ved aquí á los hombres de corazon limpio que os dirán la verdad, que velarán por vuestra dicha, que os enseñarán las artes y que serán el antemural de vuestra vida, donde se estrellen los tiros del despotismo exacerbado por la codicia! Si vuestra raza se ha de salvar de la destruccion que la amenaza, será por ellos. ¡Ellos son la compensacion que os da la Provi-

dencia por tantos males, por tanta degradacion como sobrevendrán á la conquista! ¡Hijos de Méjico, abrid los brazos para recibir en vuestro corazon á los santos misioneros, á los humildes religiosos de San Francisco!

### III.

#### MIRADA RETROSPECTIVA.

Descaba el emperador Carlos V que la nacion mejicana hacia poco adquirida para su corona, lo fuese igualmente para la religion de Jesucristo. Con esta mira solicitó del papa Adriano VI plenísima autoridad para enviar á América misioneros apostólicos, que como delegados de la santa Sede y con gran suma de poder y facultades, pudiesen proveer á todos los asuntos espirituales que ocurriesen en regiones tan lejanas. La solicitud se contraia especialmente á los hijos de la orden seráfica.

Accedió el Pontífice á tan justa demanda, y como ya Leon X habia espedido una bula por la cual se otorgaba lo que ahora pretendia el emperador, todo lo que habia que hacer era confirmarla como lo verificó S. S. en 9 de Mayo de 1522, facultando ampliamente á todos los religiosos de las órdenes mendicantes, y singularmente á los franciscanos, para predicar el Evangelio en los paises recién descubiertos. En el archivo de San Francisco de Méjico se conservaba esta bula, que en lugar de sobrecrito tiene este título: *Curissimo in Christo Filio nostro Carolo Quinto, Romanorum Imperatori*. El compendio de su contenido, segun Torquemada, es el siguiente:

“Lo primero, concede en ella (el pontífice) que todos los frailes mendicantes (en especial de los frailes menores, como á los primeros, en cuyas personas se concedia) que fueren nombrados por sus prelados para esta obra, y ellos, movidos con espíritu de Dios, voluntariamente se quisieren ofrecer al trabajo, pa-

ra efecto de convertir y doctrinar en la fe á los indios, pudiesen lícita y libremente pasar á estas partes, con tal que á Su Magestad ó real consejo parezcan idóneos en su vida y doctrina para tan alta obra. Y para esto encarga la conciencia de los superiores que los hubieren de nombrar y darles licencia, que los elijan tales. Y á los así nombrados y señalados despues que ellos voluntariamente se hayan ofrecido, les manda por el mérito de la santa obediencia, que cumplan el viaje y la obra á que son enviados, á ejemplo de los discípulos de Cristo, y les da su apostólica bendicion, y so pena de excomunion *ipso facto incurrenda*, manda que ninguno sea osado de impedirselo por ninguna via.

“Otrosí: concede en la misma bula, que los prelados de las órdenes en estas partes de Indias, y los otros frailes á quienes ellos lo cometieren, tengan toda autoridad plena del sumo Pontífice, tanta cuanta á ellos les pareciere ser conveniente para la conversion de los indios y para su manutencion y aprovechamiento de ellos y de los demas cristianos en la fe católica y en la obediencia de la Santa Iglesia de Roma. Y que esta autoridad tengan así para con sus frailes y otros de cualquiera orden que acá estuvieren diputados para la tal obra, y para los indios convertidos á la fe, como tambien para los demas cristianos que para ejercitar la tal obra les tuvieren compañía. Y que se estienda esta autoridad para ejercer tambien todos los actos episcopales que no requieren orden episcopal (con tal que usen de esta autoridad tan solamente en las partes adonde no hubiere obispos), y adonde los hubiere, usen de ella cuando dentro de dos dietas (que son dos jornadas comunes) no se pudiere haber la presencia del obispo ó de sus oficiales. Y demas de esto, confirma y de nuevo concede en la dicha bula todos los indultos que sus predecesores concedieron, y los que sus sucesores despues de él concedieren á los frailes que están ó vienen á estas partes, para que libre y lícitamente usen y gocen de todos ellos.”

Dado este paso, nombróse para la mision de las Indias Occidentales al V. Padre Fr. Francisco de los Angeles; mas habiendo sido electo ministro general de la orden el año de 1523, no pudieron tener efecto por entonces ni la bula de Leon X, ni la que se acaba de extractar. Lo tuvieron, sin embargo, algun tiempo despues cuando para sustituir al P. Fray Francisco, se

nombró al sugeto mas digno, al ilustre superior de la provincia de san Gabriel, en la cual se guardaba en toda su pureza y severidad la regla de San Francisco: ese sugeto no era otro que el venerable Fray Martin de Valencia.

Exonerado del cargo de provincial, y con el título de comisario de la nueva custodia, del todo independiente de las provincias de España, se dispuso la partida de este religioso á las tierras recién conquistadas, con otros doce compañeros dignos de vivir en la memoria y gratitud de la nacion mejicana. Estos fueron los siguientes:

## SACERDOTES.

Fray Francisco de Soto,  
Fray Martin y  
Fray José de la Coruña,  
Fray Juan Juarez,  
Fray Antonio de Ciudad-Rodrigo,  
Fray Toribio de Benavente,  
Fray García de Cisneros,  
Fray Luis de Fuensalida,  
Fray Juan de Rivas y  
Fray Francisco Jimenez, corista.

## LEGOS.

Fray Andrés de Córdoba y  
Fray Bernardino de la Torre.

El número de los religiosos que componían este nuevo apostolado, iba á quedar incompleto con la separacion de Fr. José de la Coruña, motivada por ciertos despachos que debían traer-se á Indias, y que fué menester recoger en la corte; pero ocupó el lugar de este religioso Fr. Juan de Palos, que se les agregó en San Lucas de Barrameda, en donde se embarcaron el 25 de Enero de 1524, día de la conversion del apóstol San Pablo.

Después de una navegacion larga y molesta, arribaron los insignes expedicionarios á San Juan de Ulúa el 13 de Mayo del mismo año, y en el propio día pisaron las playas de Veracruz, donde los esperaba Juan de Villagomez, criado de Cortés, para felicitarlos y agasajarlos á nombre de su amo. Ellos, sin embargo, rehusando las comodidades y regalo que se les ofrecían, emprendieron su camino hácia la capital á pie y descalzos co-

mo verdaderos alumnos de Jesucristo, causando admiracion en todas las poblaciones por donde pasaban, hasta llegar á Tlaxcala y después á Méjico, que llena de júbilo los recibió en su seno con la pompa que hemos descrito.

## IV.

## CONVENTO PRIMITIVO.

No se sabe de cierto el día en que nuestros frailes hicieron su entrada en la capital, si bien se conjetura que fue el 18 de Junio del mismo año de su arribo á Veracruz, esto es, el de 1524. Reina la misma incertidumbre en orden al sitio donde tuvieron su primera morada. Hay quien afirme que esta ocupó una parte del palacio vulgarmente conocido por *de las fieras*, que era un jardín donde los reyes aztecas, y en especial Moctezuma, conservaban á gran costa un museo viviente de historia natural, compuesto de fieras de todas clases, peces raros que mantenían en estanques, y aves gallardas de cuya pluma se fabricaban esos vestidos y dibujos que tanto admiraron los europeos; otros, como el Padre Vetancur, de acuerdo con Torquemada, dicen resueltamente que el primer monasterio se edificó donde ahora está la Catedral, añadiendo que su iglesia fue asimismo la primer parroquia que hubo en Méjico.

Pero lo mas probable y que resulta de un exámen minucioso es, que de Junio del año de 1524 á 2 de Mayo de 1525 hubo dos monasterios de San Francisco, uno provisional, cuya verdadera situacion se ignora, y el llamado en los libros de edificio *San Francisco el nuevo*. Este, segun toda apariencia de verdad, estuvo en la calle de Santa Teresa, en un sitio contiguo á la casa que forma la esquina de la calle del Reloj y de la antes mencionada; y no estando destinado á servir definitivamente de habitacion á los religiosos, es creible que su fábrica seria de escasas dimensiones, especialmente la iglesia, que se re-